

SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Jornada Mundial por la santificación de los sacerdotes



CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

Las "Letanías del Sagrado Corazón" pueden cantarse durante la procesión de entrada o recitarse como preparación para la Misa.

V. Señor, ten misericordia de nosotros

R. Señor, ten misericordia de nosotros

V. Cristo, ten misericordia de nosotros

R. Cristo, ten misericordia de nosotros

V. Señor, ten misericordia de nosotros

R. Señor, ten misericordia de nosotros

V. Cristo, óyenos

R. Cristo, óyenos

V. Cristo, escúchanos

R. Cristo, escúchanos

V. Dios, Padre celestial

R. Ten misericordia de nosotros

V. Dios Hijo Redentor del mundo

R. Ten misericordia de nosotros

V. Dios Espíritu Santo

R. Ten misericordia de nosotros

V. Trinidad Santa, un solo Dios

R. Ten misericordia de nosotros

(A las siguientes invocaciones se responde: "TEN MISERICORDIA DE NOSOTROS")

Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre,
Corazón de Jesús, Formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen Madre,
Corazón de Jesús, Unido sustancialmente al Verbo de Dios,
Corazón de Jesús, Templo Santo de Dios,
Corazón de Jesús, Tabernáculo del Altísimo,
Corazón de Jesús, Casa de Dios y Puerta del Cielo,
Corazón de Jesús, Horno Ardiente de Caridad,
Corazón de Jesús, Santuario de Justicia y de Amor,
Corazón de Jesús, Lleno de Bondad y de Amor,
Corazón de Jesús, Abismo de todas las virtudes,
Corazón de Jesús, Dignísimo de toda alabanza,
Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones,
Corazón de Jesús, en Quien se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia,
Corazón de Jesús, en Quien reside toda la plenitud de la Divinidad,
Corazón de Jesús, en Quien el Padre halló sus complacencias,
Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido,
Corazón de Jesús, Deseo de los eternos collados,
Corazón de Jesús, Paciente y lleno de misericordia,
Corazón de Jesús, Generoso para todos los que te invocan,
Corazón de Jesús, Fuente de vida y santidad,
Corazón de Jesús, Propiciación por nuestros pecados,
Corazón de Jesús, Saciado de oprobios,
Corazón de Jesús, Hecho Obediente hasta la muerte,

Corazón de Jesús, Traspasado por una lanza,
Corazón de Jesús, Fuente de todo consuelo,
Corazón de Jesús, Vida y resurrección nuestra,
Corazón de Jesús, Paz y reconciliación nuestra,
Corazón de Jesús, Víctima por los pecadores,
Corazón de Jesús, Salvación de los que en ti esperan,
Corazón de Jesús, Esperanza de los que en ti mueren,
Corazón de Jesús, Delicia de todos los Santos,

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
- *Perdónanos Señor.*
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
- *Ten misericordia de nosotros.*
Jesús, manso y humilde de Corazón,
- *Haz nuestro corazón semejante al tuyo.*

Si las letanías son el canto de entrada de la Misa se omite esta oración.

ORACIÓN

Oh, Dios Todopoderoso y Eterno, mira el Corazón de tu amantísimo Hijo y las alabanzas y satisfacciones que en nombre de los pecadores te tributa, y concede el perdón a quienes te piden misericordia en el nombre de tu mismo Hijo, Jesucristo, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos. Amén.

MONICIÓN DE ENTRADA:

En el viernes, memoria perpetua de la Pasión y Muerte de Jesús, celebramos la solemnidad de su Sacratísimo Corazón. Lo contemplamos abierto y traspasado, como Fuente perenne de Vida, derramando el Agua y la Sangre que santifican el universo.

¡Bendito y alabado sea este Sagrado Corazón que, por amor a la humanidad, ya nunca dejará de latir! Ese “santo palpitar” se percibe especialmente en cada Eucaristía, en que se eleva al Trono del Padre como dulce plegaria en favor nuestro.

Hoy es la "Jornada Mundial de Oración por la santificación de los sacerdotes", intención por la cual ofrecemos especialmente la celebración de esta Eucaristía.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Queridos hermanos, por medio del Corazón traspasado del Señor Jesús, elevemos al Padre las necesidades de la hora presente:

R. Te rogamos, óyenos.

1-Oremos por la Santa Iglesia de Dios:

+Reaviva en ella la pasión por la salvación de todo hombre y el deseo de conducir a todos a la amistad con Jesús. R.

2-Oremos por los presbíteros, en esta Jornada Mundial de Oración por la santificación de los sacerdotes:

+Plasma sus corazones según el modelo del Corazón de Jesús, y santifícalos en el gozoso ejercicio de su ministerio. R.

3-Oremos por los gobernantes:

+Ilumina su mente con la sabiduría y la caridad del Corazón de Jesús, para que sirvan a su pueblo en la verdad. R.

4-Oremos por las vocaciones:

+Educa la voluntad de los jóvenes a hacer de la propia vida un don total de amor y vence en ellos la resistencia que impone el espíritu mundano. R.

5-Oremos por los que atraviesan situaciones de dificultad, especialmente las víctimas de la epidemia del coronavirus:

+Consuélalos con la certeza de que no abandonas a ninguno de los que en Ti confían, y orienta sus vidas a la esperanza eterna.

Oh, Padre, que del Sagrado Corazón de Jesús, has hecho brotar la fuente de nuestra salvación, renueva hoy los prodigios de tu amor y cólmanos con tu gracia. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

ACTO DE REPARACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

El tradicional "Acto de Reparación", puede rezarse al final de la celebración. Como consta en el decreto correspondiente de la Penitenciaría Apostólica (18 Mayo 19869), la iglesia concede hoy Indulgencia plenaria a todos los que lo hagan públicamente.

Jesús dulcísimo, cuya caridad derramada sobre los hombres es correspondida ingratamente con tanto olvido, negligencia, desprecio; nosotros, arrodillados en tu presencia, queremos resarcir con especial reverencia tan abominable desidia e injurias con que los hombres afligen en todas partes tu amantísimo Corazón.

Sin embargo, recordando que también nosotros más de una vez hemos sido culpables de tan gran indignidad, e intensamente arrepentidos por ello, imploramos en primer lugar tu misericordia a favor nuestro, dispuestos a compensar con voluntaria expiación no sólo las infamias cometidas por nosotros, sino también las de aquellos que, apartándose totalmente del camino de la salvación, rehúsan seguirte como pastor y guía, obstinados en su infidelidad o, conculcando las promesas del bautismo, han sacudido el suavísimo yugo de tu ley.

Queremos expiar todos estos deplorables delitos y resarcir cada uno de ellos: la inmodestia y deshonestidad en la conducta y en el vestir, tantos lazos de corrupción preparados para las almas inocentes, los días de fiesta profanados, las maldiciones proferidas contra ti y tus santos, las injurias contra tu vicario y el orden sacerdotal, y el mismo sacramento del amor divino olvidado o profanado con horrendos sacrilegios, y finalmente los delitos de las naciones que se oponen a las leyes y al magisterio de la Iglesia que tú fundaste.

¡Ojalá pudiéramos lavar estos pecados con nuestra propia sangre! Entretanto, para resarcir el honor divino profanado, te ofrecemos la satisfacción que tú en otro tiempo ofreciste al Padre en la cruz y que renuevas continuamente en el altar, junto con la expiación de la Virgen María, de todos los santos y de todos los fieles piadosos, prometiendo de corazón compensar, en cuanto nos sea posible, y con la ayuda de tu gracia, los pecados pretéritos, nuestros y de los demás, y tanta falta de amor, con una fe firme, con una conducta inmaculada, con una observancia perfecta de la ley evangélica, sobre todo de la caridad, impedir con todas las fuerzas las injurias contra ti, e incitar a cuantos podamos a tu seguimiento. Acepta, benignísimo Jesús, por intercesión de la Virgen María Reparadora, la ofrenda voluntaria de esta expiación y haz que nos mantengamos con toda fidelidad en tu obediencia y servicio hasta la muerte, otorgándonos el gran don de la perseverancia, para que todos lleguemos finalmente a aquella patria donde tú, con el Padre y el Espíritu Santo, vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

VIGILIA DE ORACIÓN POR LA SANTIFICACIÓN DE LOS SACERDOTES

I. MONICIÓN

La Jornada mundial de oración por la santificación de los sacerdotes, que se celebra hoy, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, nos brinda la ocasión de reflexionar juntos en el don del ministerio sacerdotal. Hoy, ante Jesús Eucaristía, quién instituyó el sacerdocio para continuar en la tierra la obra de la salvación, pedimos por la santificación de los sacerdotes, para los guarde en el refugio de su Sagrado Corazón. Momentos significativos en el camino vocacional de estos hermanos elegidos para el ministerio sacerdotal, son la entrega del Evangelio en el día de su ordenación de diáconos, cuya oración reza así: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; esmérate en creer lo que lees, enseñar lo que crees, y vivir lo que enseñas”. En el día de su ordenación como presbíteros, sus manos son ungidas, mientras el Obispo dice: “Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio”. Seguidamente, se les entregan los dones del pan y vino, que reciben mientras son invitados a presentarlos ante Dios, considerando lo que realizan e imitando lo que conmemoran, para finalmente conformar su vida con el ministerio de la cruz del Señor. En esta jornada pedimos al Corazón de Jesús que sus sacerdotes se unan en un mismo sentir, pensar y vivir a su Sagrado Corazón. Pedimos que sean pastores, santos y alegres, que con la fuerza del Espíritu “reviven el don recibido” haciendo de sus vidas una ofrenda al pueblo santo que Dios les confía.

II. EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO

Canto: Pange lingua

III. ORACIÓN (ministro presidente):

Oh Jesús que has instituido el sacerdocio
para continuar en la tierra
la obra divina de salvar a las almas,
protege a tus sacerdotes
en el refugio de tu SAGRADO CORAZÓN.
Guarda sin mancha sus MANOS CONSAGRADAS,
que a diario tocan tu SAGRADO CUERPO,
y conserva puros sus labios teñidos con tu PRECIOSA SANGRE.

Haz que se preserven puros sus Corazones,
marcados con el sello sublime del SACERDOCIO,
y no permitas que el espíritu del mundo los contamine.
Aumenta el número de tus apóstoles,
y que tu Santo Amor los proteja de todo peligro.
Bendice sus trabajos y fatigas,
y que como fruto de su apostolado
obtengan la salvación de muchas almas
que sean su consuelo aquí en la tierra
y su corona eterna en el Cielo. Amén.

IV. LA PALABRA DE DIOS MUEVE E IMPULSA NUESTRO CORAZONES

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a Timoteo

Tim 1, 1.12-17

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por mandato de Dios nuestro Salvador y de Cristo Jesús nuestra esperanza. Doy gracias al que me fortalece, Cristo Jesús nuestro Señor, pues me consideró digno de confianza al ponerme a su servicio. Anteriormente, yo era un blasfemo, un perseguidor y un insolente; pero Dios tuvo misericordia de mí porque yo era un incrédulo y actuaba con ignorancia. Pero la gracia de nuestro Señor se derramó sobre mí con abundancia, junto con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús. Este mensaje es digno de crédito y merece ser aceptado por todos: que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero precisamente por eso Dios fue misericordioso conmigo, a fin de que en mí, el peor de los pecadores, pudiera Cristo Jesús mostrar su infinita bondad. Así llego a servir de ejemplo para los que, creyendo en él, recibirán la vida eterna. Por tanto, al Rey eterno, inmortal, invisible, al único Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL (Sal 39)

R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito;
me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.

R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio;
entonces yo digo: «Aquí estoy».

R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Como está escrito en mi libro:
«Para hacer tu voluntad».
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en mis entrañas.

R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, tú lo sabes.

R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

CANTO: Aleluya

Lectura del Evangelio según San Mateo

Mt 14,22-33

Enseguida Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. A la cuarta vela de la noche se les acercó Jesús andando sobre el mar. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, diciendo que era un fantasma. Jesús les dijo enseguida: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!». Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua». Él le dijo: «Ven». Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, sálvame». Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «¡Hombre de poca fe!

¿Por qué has dudado?». En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios».

Palabra del Señor.

V. REFLEXIÓN

Sacerdotes con el corazón de Cristo

Cinco breves sugerencias de reflexión desde el Magisterio del Papa Francisco

El 4 de agosto de 2019, en el 160º aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, el Papa Francisco envió una carta dirigida a los sacerdotes, para darles las gracias por su servicio generoso y animarlos a abrazar con amor su vocación (Papa Francisco, Carta a los sacerdotes con ocasión del 160º aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, 4 de agosto de 2019). En este valioso escrito, el Santo Padre usa a menudo la palabra “corazón”, desde la cual se puede emprender una reflexión y una meditación con ocasión de la Jornada de Santificación del Clero, que se celebra cada año el día de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

Gratitud

«Gracias por buscar fortalecer los vínculos de fraternidad y amistad en el presbiterio y con vuestro obispo, sosteniéndose mutuamente, cuidando al que está enfermo, buscando al que se aísla, animando y aprendiendo la sabiduría del anciano, compartiendo los bienes, sabiendo reír y llorar juntos, ¡cuán necesarios son estos espacios! E inclusive siendo constantes y perseverantes cuando tuvieron que asumir alguna misión áspera o impulsar a algún hermano a asumir sus responsabilidades; porque «eterna es su misericordia».

Un corazón agradecido. Ser sacerdotes según el Corazón de Cristo significa revestirse de Él, hasta tener sus mismos sentimientos. Entre otras muchas virtudes, el Corazón de Jesús está abierto a la gratitud. Él da gracias al Padre por los prodigios que realiza delante de los pequeños, escondiéndolos a quien, por el contrario, encerrado en la presunción de la sabiduría humana, no es capaz de verlos (Cfr Mt 11,25). Por ello, la gratitud es una cualidad específicamente cristiana y debe ser propia del modo de ser del pastor; San Pablo, en efecto, nos exhorta así: “Estad siempre alegres, orad incesantemente,

dad gracias en todo” (1Ts 5,16). El término que traduce “dad gracias” es “eucaristía”. El sacerdote es asimilado al Corazón de Cristo de un modo especial en la celebración de la Eucaristía, que vincula al sacrificio de amor del Señor por su pueblo. Al mismo tiempo, el Papa Francisco ha dado voz con frecuencia al sentimiento de gratitud del Pueblo de Dios hacia los sacerdotes, por el generoso servicio y la ofrenda de su existencia.

Misericordia

«Por los escalones de la misericordia podemos llegar hasta lo más bajo de nuestra condición humana —fragilidad y pecados incluidos— y, en el mismo instante, experimentar lo más alto de la perfección divina: «Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso». Y así ser «capaces de caldear el corazón de las personas, de caminar con ellas en la noche, de saber dialogar e incluso descender a su noche y su oscuridad sin perderse»

Un corazón misericordioso. Cuando Jesús atraviesa los pueblos y las ciudades, pasa curando y haciendo el bien a todos aquellos que son prisioneros del mal (Cfr. Hch 10,38). Jesús no tiene miedo de contaminarse de la fragilidad humana sino que, por el contrario, desciende a los abismos de la debilidad humana y del pecado, para revelar el Corazón misericordioso del Padre que levanta de las caídas a cada uno de sus hijos y los llama a la alegría del perdón. El nombre de Dios que Jesús revela es “misericordia”. En la homilía de la Santa Misa para la clausura del Jubileo de la Misericordia, el Santo Padre afirmó que “la verdadera puerta de la misericordia es el corazón de Cristo”. El sacerdote, configurado con Cristo, es en primer lugar el ministro de la misericordia y de la reconciliación. Llevando esculpida en el corazón la memoria de haber sido guardado y llamado por el Señor no debido a los méritos personales, y haciendo cada día la experiencia de ser tocado por la misericordia de Dios en todo lo que vive y realiza, debe convertirse en signo acogedor del amor de Dios que quiere alcanzar a todos, en cada situación de la vida, para sanarlos del mal. Necesitamos sacerdotes con actitud misericordiosa, capaces de acoger, escuchar, acompañar a los hermanos, de modo particular en el Sacramento de la Reconciliación.

Compasión

«Gracias por las veces en que, dejándose conmover en las entrañas, han acogido a los caídos, curado sus heridas, dando calor a sus corazones, mostrando ternura y compasión como el samaritano de la parábola (cf. Lc

10,25-37). Nada urge tanto como esto: proximidad, cercanía, hacernos cercanos a la carne del hermano sufriente. ¡Cuánto bien hace el ejemplo de un sacerdote que se acerca y no le huye a las heridas de sus hermanos! Reflejo del corazón del pastor que aprendió el gusto espiritual de sentirse uno con su pueblo».

Un corazón compasivo. Los Evangelios nos narran a menudo que Jesús, frente a las multitudes exhaustas y oprimidas, siente profunda compasión (cfr. Mt 9,36). En efecto, él tiene “vísceras que tiemblan”, especialmente cuando encuentra el dolor y el sufrimiento ocasionados por la enfermedad, por la marginación o por cualquier forma de pobreza material y espiritual; como Buen Samaritano, lleno de compasión, Él se detiene delante de la carne herida de los hermanos, la sana y la restablece, convirtiéndose en manifestación viviente del amor de Dios Padre. A los sacerdotes, ministros de Cristo, se les pide el mismo corazón compasivo, que se expresa en la cercanía, en la participación real e integral en los sufrimientos y trabajos de la gente, en la capacidad de relaciones que reavivan la esperanza, en el cuidado de las heridas del Pueblo, especialmente a través de la mediación de la gracia sacramental.

Vigilancia

«Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o con nosotros mismos, podemos vivir la tentación de apegarnos a una tristeza dulzona, que los padres de Oriente llamaban acedia...Tristeza que vuelve estéril todo intento de transformación y conversión propagando resentimiento y animosidad... Hermanos, cuando esa tristeza dulzona amenace con adueñarse de nuestra vida o de nuestra comunidad, sin asustarnos ni preocuparnos, pero con determinación, pidamos y hagamos pedir al Espíritu que «venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. Desafíemos las costumbres, abramos bien los ojos, los oídos y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado».

Un corazón vigilante. En numerosas ocasiones Jesús ha destacado la importancia de la vigilancia del corazón que, como siervos fieles, nos lleva a esperar con prontitud la llegada del propietario de la viña; se trata de hacer espacio al don del Espíritu Santo que, también en medio de las ocupaciones cotidianas y de las oscuridades del tiempo presente, nos hace discernir la presencia del Señor, nos vuelve atentos a su Palabra, y nos hace diligentes en la caridad de modo que no se apague el aceite en la lámpara de nuestra vida y,

como las vírgenes prudentes, vayamos al encuentro del Esposo que viene. El corazón se mantiene vigilante, sin embargo, también a través de un combate espiritual; Jesús mismo lo afronta en el desierto, venciendo las tentaciones del demonio y, en el culmen de su vida, volviendo a llamar a sus discípulos, quienes, en Getsemaní, se quedaron dormidos: “Velad y orad para no caer en tentación” (Mt 26,41). También el sacerdote se topa a veces con lo que el Papa Francisco ha denominado “el cansancio de la esperanza”, esa amargura interior que a menudo nace de la distancia entre las expectativas personales y los frutos visibles del apostolado, o la aridez del corazón que con frecuencia conduce a arrastrar las tareas pastorales y la propia oración hacia la costumbre, la resignación e incluso hacia el abandono. Es necesario, al contrario, dejarse siempre “despertar” por la Palabra del Señor y por el grito del Pueblo de Dios.

Ánimo

«Para mantener animado el corazón es necesario no descuidar estas dos vinculaciones constitutivas de nuestra identidad: la primera, con Jesús. Cada vez que nos desvinculamos de Jesús o descuidamos la relación con Él, poco a poco nuestra entrega se va secando y nuestras lámparas se quedan sin el aceite capaz de iluminar la vida (cf. Mt 25,1-13)...En este sentido, quisiera animarlos a no descuidar el acompañamiento espiritual, teniendo a algún hermano con quien charlar, confrontar, discutir y discernir en plena confianza y transparencia el propio camino...La otra vinculación constitutiva: acrecienten y alimenten el vínculo con vuestro pueblo. No se aíslen de su gente y de los presbiterios o comunidades. Menos aún se enclaustran en grupos cerrados y elitistas. Esto, en el fondo, asfixia y envenena el alma. Un ministro animado es un ministro siempre en salida.»

Un corazón animoso. Contemplando el Corazón de Jesús, podemos entender los dos vínculos fundamentales a partir de los cuales Él vive la propia misión: el Padre Celeste y el pueblo. Los Evangelios nos muestran cómo, en la jornada corriente de Jesús, se alternan y se entrelazan en un sabio equilibrio el cuidado de la relación con Dios y la solidaridad activa frente a los hermanos. La caridad de sus gestos no está nunca separada del silencio y de la oración, y el cansancio de un ministerio que no se permite siquiera el tiempo de comer no está jamás separado de la voluntad férrea de retirarse aparte, en lugares solitarios, para cultivar el íntimo diálogo de amor con Dios Padre. De igual modo, el sacerdote según el Corazón de Cristo es aquel que “habita” entre el Señor a quien ha consagrado la vida y el pueblo al que ha sido llamado a servir; él podrá vivir una fecunda caridad pastoral en la medida en que no se apague en Él la vida

interior, la oración personal y comunitaria y el dejarse guiar en el acompañamiento espiritual.

Las cinco palabras propuestas para la Jornada de Santificación del Clero, extraídas de la Carta que el Papa Francisco ha dirigido a los sacerdotes el pasado agosto, se refieren a un corazón sacerdotal realmente “consagrado” al corazón de Cristo, o sea, arraigado en la relación personal con Él y por ello configurado con sus mismos sentimientos.

Canto: Tú Señor me llamas

VI. ORACIÓN DE LOS FIELES

— Por el papa Francisco, por nuestro obispo Casimiro, por todos los obispos. Para que tomen a Cristo como modelo, y guíen con valentía al Pueblo de Dios al reino de justicia y de amor. Oremos.

— Por los sacerdotes, para que vivan con entrega generosa su vocación, y que cada día progresen más en su servicio como pastores. Oremos.

— Por los sacerdotes de nuestro presbiterio de Segorbe-Castellón, para que unidos a nuestro Obispo, trabajen con constancia, fe, esperanza y Caridad por la construcción del Reino de Dios. Oremos.

— Por los sacerdotes que sufren en su cuerpo y alma, por aquellos que pasan por situaciones complicadas, para sientan la cercanía y el apoyo del presbiterio, y el calor del pueblo cristiano. Oremos.

— Por nuestros jóvenes, para que tengan el coraje de ser y sentirse totalmente libres para el trabajo que el Señor les encomiende en la Iglesia. Oremos.

— Para que aumenten entre nosotros las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada. Oremos.

VII. LETANÍAS

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

V: La Mies es mucha; los obreros pocos:

R: Manda, Señor, obreros a tu mies.

V: Tú, que te compadeciste de las multitudes que carecían de pastor:

R: Manda, Señor, obreros a tu mies.

V: A los jóvenes que entienden tu llamada:

R: Dales generosidad, Señor.

V: A las almas a ti consagradas:

R: Aumenta su caridad, Señor.

V: A los jóvenes que dudan de tu llamada:

R: Dales certeza, Señor.

V: A quienes sienten tu llamado desde niños:

R: Acompáñalos, Señor.

V: A los seminaristas:

R: Dales perseverancia, Señor.

V: A los sacerdotes que sufren tentación:

R: Dales tu fuerza, Señor.

V: A los sacerdotes celosos:

R: Enciéndelos más en tu amor, Señor.

V: A los sacerdotes tibios:

R: Dales tu santidad, Señor.

V: A los sacerdotes tristes:

R: Consuélalos, Señor.

V: A los sacerdotes que sienten soledad:

R: Sé tú su compañía, Señor.

V: A los sacerdotes misioneros:

R: Infúndeles tu celo, Señor.

V: A los sacerdotes jóvenes:

R: Impúlsalos a buscar tu gloria, Señor.

V: A los sacerdotes ancianos:

R: Sostenlos en tu servicio, Señor.

V: A los sacerdotes difuntos:

R: Dales tu gloria, Señor.

V: La mies es mucha; los obreros pocos:

R: Envía, Señor, obreros a tu mies.

V: Por nuestro Santo Padre Francisco

R: Te rogamos, óyenos.

V: Por los pastores de tu Iglesia:

R: Te rogamos, óyenos.

V: Por nuestro obispo Casimiro.

R: Te rogamos, óyenos.

V: Por aquellos que necesitan más tu gracia:

R: Te rogamos, óyenos.

V: Por quienes están alejados de ti:

R: Te rogamos, óyenos.

Oración

Jesús, tú que eres el Camino, la Verdad y la Vida, infunde vida nueva en el corazón de los sacerdotes, para que permanezcan en tu amor, y en esta vida y en este amor encuentren la valentía para responder a tu llamada.

Señor, el mundo tiene sed de ti; te pedimos que tus sacerdotes sean reflejo de tu presencia, transmisores de la vida, sembradores de paz, constructores del Reino, que lleguen a los que son marginados y excluidos, sean misioneros de tu perdón, abrazando a los que sufren y aliviando sus cargas.

Mueve los corazones de muchos jóvenes a servirte con alegría en el ministerio sacerdotal, haciendo de sus vidas una ofrenda de amor. Te lo pedimos a ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Canto: Tantum ergo

VIII. BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO Y RESERVA

SANTO ROSARIO

MISTERIOS DOLOROSOS

PRIMER MISTERIO: la agonía de Jesús en el Getsemaní

La pasión del Señor es la **prueba suprema** del amor infinito de Dios hacia nosotros: "*Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna*" (Jn 3,16).

Al mismo tiempo es la **prueba definitiva** del amor de Cristo, Dios verdadero y hombre verdadero, así como Él mismo lo ha afirmado: "*Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos*" (Jn 15,13). Nosotros, sacerdotes de Cristo, queremos acompañar de cerca, de muy cerca, a Jesús.

Armado de este amor de Cristo hacia él, el sacerdote enfrenta los momentos inevitables de sufrimiento que puedan estar destinados a él. ¡Renovemos con fuerza, en esta hora, nuestro deseo de estar con Cristo que, en la Eucaristía, es nuestro refugio y nuestro mejor descanso!

Jesús acostumbraba retirarse en el jardín de Getsemaní, situado en el Monte de los Olivos, como refieren San Juan (18,1) y San Lucas (21,37).

Al llegar al jardín, nuestro Señor vivió, acompañado por los suyos, la hora suprema de su agonía. Pero muy pronto Cristo se sintió presa de una angustia mortal, una tristeza, una aflicción tan amarga, que se dirigió a los tres discípulos: "*Mi alma está triste hasta la muerte*" (Mc 14,34). Jesús, habiendo asumido la humanidad, es hombre verdadero, con todos los sentimientos naturales del ser humano: el temor, la angustia, la tristeza; es lógico que los hombres vayan al encuentro de la muerte contra su misma voluntad.

La oración del jardín nos muestra que "*en la unidad de su Persona había dos naturalezas, la naturaleza humana y la divina, y puesto que la voluntad humana no poseía la omnipotencia, era conveniente que Cristo pidiera ayuda al Padre para fortalecer esa voluntad*" (cfr. *Summa Theologiae*, III, q. 21, a. 1). Y Jesús le rezaba al Padre con el sentido profundo de su misma filiación. Sólo Marcos ha transmitido en su idioma original la exclamación filial de Jesús a su Padre: "*Abbá*", el nombre con el que los niños judíos se dirigían con total confianza a sus padres.

Como Jesús, que estaba constantemente unido al Padre en la oración (cfr. Lc 3,21; Mc 1,35), también nosotros, los sacerdotes, debemos ser hombres de

oración filial, hombres acostumbrados a encontrar en cada momento la comunión íntima con Dios, para que podamos decir como San Ambrosio: "*Nunca estoy menos solo como cuando estoy solo*" (Epist. 33: CSEL 82,229).

Junto al Señor, encontraremos la fuerza para acercar a los hombres a Dios, encender su fe, suscitar el compromiso apostólico y la condisión fraternal.

SEGUNDO MISTERIO: la flagelación de Jesús

Hablando en la persona del Señor, el profeta Isaías proclama la realidad de sus sufrimientos al decir: "*Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos*" (Is 50,6).

El Evangelio de Mateo describe con sobriedad el cumplimiento de esta profecía: "*Entonces (Pilato) los soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó (a los soldados) para que fuera crucificado*" (Mt 27,26). El mismo Jesús, en el tercer anuncio de la pasión, mientras ascendía a Jerusalén, tomó aparte a los Doce y les dijo por el camino: "*Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas; lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para burlarse de él, azotarlo y crucificarlo, y al tercer día resucitará*" (Mt 20,18).

Jesús no opone resistencia a los tormentos y a las burlas. Los mismos hechos son elocuentes: "*No tenía apariencia ni presencia; y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro por no verlo. Despreciable, un Don Nadie. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! (...) con sus cardenales hemos sido curados*" (Is 53,2b-5).

Ante Jesús flagelado por amor al Padre y a nosotros, en nuestro corazón, brota un sentimiento de inmensa gratitud a Jesucristo y de profundo dolor por nuestros pecados. "*Como todo buen fiel, también el presbítero tiene necesidad de (reconocer) y confesar sus pecados y debilidades. Él es quien mejor sabe que la práctica de este sacramento lo fortifica en la fe y la caridad hacia Dios y los hermanos.*"

TERCER MISTERIO: la coronación de espinas

"Los soldados lo llevaron dentro del palacio, es decir, al pretorio y llaman a toda la cohorte. Lo visten de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñen. Y se pusieron a saludarlo: "¡Salve, rey de los judíos!" Y lo golpeaban en la cabeza con una caña, le escupían y, doblando las rodillas, se postraban ante él" (Mc 15,16-19).

Los soldados hacen de Jesús el objeto de sus burlas y, puesto que han oído que ha sido acusado de hacerse pasar por rey, lo coronan y parodian los honores debidos a un rey.

Jesús dolorido, flagelado y coronado de espinas, en la mano, una caña por cetro y una vieja túnica de púrpura en los hombros, es el símbolo, que se ha vuelto universal, del dolor humano: "*ecce homo.*"

Todo sacerdote es, a imagen de Cristo, el buen samaritano que alivia los sufrimientos humanos: ésta es su misión. Como buen pastor, el sacerdote existe y vive para servir al hombre; por sus fieles y por cada hombre, reza, estudia, trabaja y se sacrifica; por ellos, está dispuesto a inmolar su vida, amando como Cristo Jesús, con desvelo, con todas sus fuerzas y sin límites.

Gracias a esta dimensión esponsal de su vida, el presbítero, guiará a su comunidad como pastor, sirviendo con abnegación a todos y cada uno de sus miembros, iluminando sus conciencias con la luz de la verdad revelada, custodiando con autoridad la autenticidad evangélica de la vida cristiana, corrigiendo los errores, perdonando, curando las heridas, consolando las aflicciones, promoviendo la hermandad.

De esta manera, por medio del ministerio sacerdotal, los vínculos que atan a Cristo harán libres a los hombres; su corona de espinas procurará a los hombres la diadema del Reino; sus heridas curarán nuestras heridas.

San Pablo escribe a los Tesalonicenses: "*Nunca nos presentamos, bien lo sabéis, con palabras aduladoras, ni con pretextos de codicia, Dios es testigo, ni buscando gloria humana, ni de vosotros ni de nadie. Aunque podamos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con vosotros, como una madre cuida con cariño a sus hijos. Tanto os queríamos, que estábamos dispuestos a daros no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestras propias vidas" (1 Ts 2,5-8).*

CUARTO MISTERIO: Jesús camina con la cruz hacia el Calvario

Jesús *"cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota"* (Jn 19, 17).

Pilato accede a lo que le habían pedido y condena al Señor al suplicio más ignominioso, el suplicio de la cruz. El Señor cumple en su persona lo que había dicho el profeta Isaías: *"Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido"* (Is 53, 8).

En el camino, los soldados obligaron al Cireneo a llevar la cruz. La constricción impuesta a Simón es aceptada por Jesús. El Señor ha querido ser ayudado para enseñarnos que también nosotros, representados por ese hombre común llamado Simón, estamos llamados a ser "corrededores" junto con Él.

Nosotros los sacerdotes hemos sido invitados, personalmente , a tomar con decisión la cruz de Jesús, por amor a Dios y a los hermanos, sintiendo también sobre nosotros el peso de toda la humanidad y perseverando en el camino de nuestra vocación, dejándonos ayudar por nuestros hermanos. Seguir a Jesús en este camino exige marchar a su paso con las obras propias de la vida cristiana y el ministerio sacerdotal, con plena generosidad, con perseverancia, arrancando y alejando de nosotros todo lo que pueda ser un obstáculo.

Escuchemos a San Pedro: *"También Cristo sufrió por vosotros, dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas. El que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló engaño (Is 53,9); el que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia; el mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados (Is 53,12) en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados (Is 53,5-6). Erais como ovejas descarriadas pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de nuestras almas"* (1 P 2,21-25).

QUINTO MISTERIO: la crucifixión y muerte de Jesús

"Llegada la hora sexta, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: "Eloí, Eloí, ¿lemá sabactaní?" -que quiere decir- "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Al oír esto algunos de los presentes decían: "Mira, llama a Elías." Entonces uno fue

corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber, diciendo: "Dejad, vamos a ver si Elías viene a descolgarlo." Pero Jesús lanzando un fuerte grito expiró" (Mc 15,33-37).

Las últimas palabras de Jesús son, según el Evangelio de Marcos, el comienzo del Salmo 21 (22), la oración del justo que, perseguido y acosado por el peligro, se ve marginado en la soledad más extrema, como un "*gusano, no hombre, soy afrenta del vulgo, asco del pueblo*" (v. 7). Desde el abismo de la miseria, el abandono y la soledad, el justo recurre clamando al Señor: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (...) desde el vientre materno tú eres mi Dios (...) No te alejes, corre en mi ayuda, fuerza mía*" (vs. 2.11.20).

En el instante supremo, Jesús deposita su confianza plena en su Padre, el único en quien puede confiar entre los estertores de la muerte. A él, a su Padre, el Hijo confía sus quejas, abandonándose sin reservas: "*en tus manos pongo mi espíritu*" (Lc 23,46; cfr. Sal 30 (31),6).

Éste es el lugar, ésta la hora a la que hace referencia espiritualmente cada presbítero al celebrar la Santa Misa con la comunidad cristiana que participa en ella. Aun puesto a la prueba hasta la hez, Jesús no rehuye a su "hora." "*Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!*" (Jn 12,27). Sólo Juan permanecerá bajo la cruz junto con María y las pías mujeres. Es la hora de la redención del mundo. Cada vez que celebramos la Eucaristía "*in persona Christi*", es decir, en la identificación sacramental específica con el Sacerdote sumo y eterno, volvemos a su "hora", la hora de la cruz y la glorificación. Para el sacerdote, la celebración cotidiana de la Eucaristía tiene un valor insustituible. "*La vivirá como el momento central del día y de su ministerio cotidiano, fruto del deseo sincero y ocasión de encuentro profundo y eficaz con Cristo, y dedicará sus mejores cuidados para celebrarla con devoción y participación íntima de la mente y el cuerpo.*"